

PAGO ADELANTADO	
Capital.	Plas. 4.50
Fuera (pagando en la Admón.)	5
den (id. a los comisionados)	5.50
Europa y Antillas.	10
Países de la Unión postal y Filipinas.	15

Comunicados, a precios convencionales.

VENTA.—Plazuela de la Luna, 3; kiosco de la Plaza de la Libertad; estanco de la calle de Hernán-Cortés

Número suelto, 5 céntimos, atrasados, 10.

EL ATLANTICO

PAGO ADELANTADO	
4.ª plana, la línea.	5 cts. de pts
3.ª »	10 »
2.ª » (lugar preferente)	20 »
1.ª » (reclamamos)	25 »
1.ª » la línea.	30 »

Sección de noticias, 0,50

Esquelas de defunción.—A dos columnas, 1.ª plana, 2 pesetas; 3.ª, plana, 15 y 4.ª plana, 10.—A una columna, 1.ª plana, 16; 3.ª plana, 10; 4.ª plana, 5.—A tres columnas en 1.ª plana, 50 pesetas.

Suscriptores, 10 por 100 de rebaja.

AÑO VIII.—NUMERO 246.
TELÉFONO NÚM 25

SANTANDER.—JUEVES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1893

REDACCION Y ADMINISTRACION, LUNA, 3.
TELÉFONO NÚM. 25

Academia de Derecho

Pídanse reglamentos.
RUAMAYOR, 19, BAJO

OBLIGACIONES HIPOTECARIAS DEL FERROCARRIL DEL NORTE DE ALAR A SANTANDER

Se previene a los tenedores que quieran suscribir contra amortización a la par, que el día 6 del corriente quedará cerrada la suscripción por estar anunciado el sorteo para el día 7. Escritorio, Muelle, núm. 7. Santander 2 de septiembre de 1893.

Efemérides

7 DE SEPTIEMBRE

En 7 de septiembre de 1132 se dió la batalla de Traga dada contra el rey moro de Abengana, donde fué muerto el rey de Aragón después de hecho pagar cara su muerte y la de los valerosos caballeros que sucumbieron.

En Polanco

Ayer se celebraron, en la iglesia de Polanco, los funerales por el alma del joven don Juan Manuel de Pereda, hijo del ilustre escritor montañés y de cuya muerte, por terrible accidente que nos es penoso recordar, tienen noticia los lectores.

El funeral ha sido una triste y hermosa manifestación que, aunque humano consuelo no alcance hoy a los padres del virtuoso joven cuya inesperada muerte lloramos, debe de haber, al menos, puesto en el corazón, al lado de la grandísima pena, inolvidable, también inolvidable efeméride de efusiones vivísimas, en que exaltado el afecto de amigos y convertido en él también la admiración de todos, muchas lágrimas, el mejor testimonio de simpatía, han corrido mezcladas con las de nuestro ilustre paisano, probándole para siempre que, por grande que sea la desgracia y austero el dolor, no han podido ni pueden separarle de los que con él la lloran y le sienten.

La iglesia, donde se celebraba el so-

lemne funeral, estaba llena de gente, que rebosaba al atrio y por las demás puertas. Los vecinos del pueblo y de los inmediatos se mezclaban con los otros amigos y admiradores del señor Pereda, que en innumerables coches llegaron de esta capital, de los balnearios, de lo más remoto de la provincia. Gran parte de la casa, taller de donde salieron tantas maravillas de arte, se llenó, antes y después de los religiosos oficios, de amigos que apenas se comunicaban el común sentimiento y algunos de los cuales llegaron a donde el padre amantísimo combatía con las explosiones del dolor, que de nuevo vibraba en cada abrazo... Nosotros salimos de allí hondamente impresionados, atreviéndonos apenas a preguntar por la pobre madre, a sus deudos, consternados todavía.

Es claro que ninguna indiscreta curiosidad nos asaltó en el hogar triste de nuestro ilustre amigo; ni podemos ahora, por consiguiente darnos cuenta del montón de cartas que ha recibido estos días, de toda España; ni siquiera consignar los nombres de la mayor parte de las personas conocidas que allí vimos; voces todas que le llaman, con acentos de admiración y de cariño, al recuerdo de lo que es y no puede dejar de ser, con ansias de acelerar su resurrección a la vida en que han vivido algo con él cuantos con él han llorado y sufren ahora reflejos de sus lágrimas y de su pena, y piden al cielo eterna vida para el alma de su buen hijo a la vez que consuelo y ánimo para el desdichado padre, que revivirá, sin duda, templado el fuerte espíritu en el infortunio cuyo fuego destruye a los débiles.

Ni sabríamos recordar y ordenar por menores de lo que ayer viéramos y oyéramos, aunque hábitos del oficio nos hiciesen pensar en que el legítimo interés de los lectores habría de buscarlos en cuanto se relaciona con el escritor famoso; ni nadie puede extrañar que tratando de hacer lista de las personas que fueron a Polanco a rendir piadoso tributo al infortunado Juan Manuel de Pereda—á cuya alma dará Dios el premio de una vida pura—y tributo de fervorosa amistad a la distinguida familia y al ilustre poeta de la Montaña, olvidemos parte de los nombres.

Don Sinforoso Quintanilla, don Vicente Aparicio, don Manuel García Obregón, don Eduardo de la Pedraja, don Antonio F. de Echánove, don Pedro Requivila, don Manuel Aranna, don Tomás G. Quijano, don José R. Cereceda, don Alvaro Lanuza, don Eusebio Güell y B., don Leandro Alvear, don J. D. de la Pedraja, don G. Gómez Ceballos, don Ramón Solano, don Gonzalo Cedrún de la Pedraja, don Tomás Agüero S. de Tagle, don Luciano Gutiérrez, don Antonio Vázquez, don Vicente Terán, don Gregorio Gorday, don Th. Thoubbean, don Antonio G. Cueto, don Domingo G. Cueto, don José García Alvaro, don M. Menéndez Pelayo, don Santiago López, don Luis López, don Mannel Gallo, don José Zumelzu de Aja, don Antonio de Mazarrasa, don Fernando P. del Camino, don Alfredo de la Escalera, don Ramón Fernández Hontoria, don Tomás Quijano y Erasun, don Fermín de Sojo Lomba, don Juan Alonso, don Rafael Botin y S. de Porrúa, don Evaristo Rodríguez de Bedia, don Remigio Fernández Hontoria, don J. M. González Trevilla, don Julián de Pereda, don Joaquín Campuzano, don Francisco Aparicio, don M. de Huidobro, don Antonio Bustamante y Casaña, don Enrique Menéndez, don Víctor Fernández Llera, don Antonio Gomar, don Aurelio López Vidaur, don Agabio Escalante, don José Ferrer, don José Venero, don Carlos Pombo, don Ceferino Calderón, don Isidoro Ruiz de Villa, don Andrés G. Prieto, don Javier de la Revilla, don Enrique de Huidobro, don Federico de Vial, don Alfonso Ortiz de la Torre, don Antonio Cabrero y Mons, don Valentín Cuervas Mons, don José María Quijano, don Gilberto Quijano, don Modesto Martínez Pacheco, don José María de la Viesca, don Eusebio Sierra, don Fernando Fernández de Velasco, don J. de Pelayo, don Marcelino Menéndez y Pintado, don Indalecio S. de Porrúa, don Domingo Cuevas, don José María Quintanilla, don Pedro de Hornedo, don José de Hornedo, don Ambrosio Menjón, don Eduardo de Huidobro, don Fernando de Huidobro, don Manuel Gallo, don Aurelio de la Revilla, don Eutimio de

la Revilla, don Fernando de la Revilla, don Jesus de la Revilla, don Luis de la Revilla, don José María Gutiérrez Calderón, don Angel de los Ríos y Ríos, don Eduardo González Alonso.

A las dos de la tarde, por milagro, casi de su voluntad, habida cuenta del tiempo á que recibió en Proaño la noticia, llegó á casa del señor Pereda nuestro venerable amigo don Angel de los Ríos y Ríos, que habia hecho á pie parte del largo camino, para abrazar llorando al inconsolable padre.

Entre las cartas que ayer se recibieron en casa del señor Pereda supimos de una del señor Pérez Galdós. Al señor Escalante (don Amós), le retuvo en su casa la enfermedad de una hija, cuyo restablecimiento deseamos. En Polanco quedaba anoche acompañando al señor Pereda su cariñoso amigo el sacerdote don Ambrosio Menjón.

CRÓNICA TRISTE

Lo es para toda la provincia y muy gran parte de la nación el luto que ha caído sobre el insigne Pereda; y la resolución de romper su pluma que anuncia EL ATLANTICO. No: yo no lo creo: más bien creeré que, empapada en llanto, será tan admirable como cuando hace llorar de risa: y continuará tan creyente, tan montañesa y más conmovedora en rasgos arrancados de su corazón, que en pinturas de su ingenio. Y los amigos que le admiraban, han llorado y llorarán con él: le ayudarán a sufrir su amargo caliz, y le abrazan con el alma interin y siempre que no puedan unirse á él en alma y cuerpo; especialmente los obligados, como yo, por la gratitud.

¡Ah! cuantos he visto morir que eran la esperanza y el orgullo de sus padres, sin quedarles otro hijo! ¡Cuantos lances desgraciados sin salir de mi propia familia y en sus miembros más necesarios y útiles! Mientras tanto, á mi, que no pensaba tener hijos, y no tengo con qué mantenerlos, se me cae uno de un balcón abajo y no se hace daño ninguno; derriba otro, de menos de un año, la coz

tremenda de una vaca, como á su padre, en otro tiempo, el ancazo de un soberbio caballo, y Dios nos hace vivir, ó para castigo, ó para ejemplo de que ante su providencia nada es imposible, nada averiguable, nada debido más que la resignación. El quiera inspirársela á nuestro grande escritor y amado compatriota.

ANGEL DE LOS RÍOS Y RÍOS.

Proaño 6 de septiembre de 1893.

CONTRADICCIONES

Siguen llegando noticias alarmantes, aumentan los motines, se habla de conspiraciones; y crece el rumor, sordo, profundo, como un ruido subterráneo, bajo el suelo que pisa don Germán... ¿Son los republicanos? ¿son los carlistas?... ¡Extraña duda! Pero tal duda existe, aunque parezca mentira; y los mismos que creen que «esto se va» no creen poder asegurar qué es lo que viene.

El país, que tan bien sabe lo que no quiere, no ha sabido decir, por lo visto, lo que quiere; y así se ha dejado nacer aquella duda extraña, capaz de desacreditar el sentido político y aun el sentido común de una nación entera...

Descubierta la hilaza del turno consabido, desacreditados por igual conservadores y fusionistas, parecía que el problema estaba resuelto.. que estaba en la mente de todos la solución; solución vieja, prevista, indicada, y que sólo esperaba para formularse definitivamente á que definitivamente se fijase el exacto valor de los términos. Los términos ya están puestos, convenidos, y... ahora resulta que no se sabe sacar la consecuencia, precisamente por que se quiere sacar dos, ambas positivas y contradictorias.

Claro es que aparentemente los republicanos y los carlistas, cada cual por su parte, evitan parcialmente la contradicción, quedándose cada cual con una sola de las dos contradictorias; pero, en realidad, la manera de arrimar el ascua á su sardina estos partidos en la ocasión presente, implica una contradicción doble, y aun triple, según la cual, sobre la total contradicción de

ayer se lisonjaba con la esperanza de una larga vida!
Pero por favor decidme toda la verdad.
—¿Lo quereis? Sin duda no tengo razón; pero ya que insistis en ello, leed esto, ¡es horroroso!
Y le tendió el proceso verbal que habia redactado en el mismo castillo pocos momntos antes.
Daniel no tuvo fuerzas para leerle hasta el fin. Bien pronto el documento se le cayó de las manos, y se cubrió el rostro con horror.
La siniestra noticia se habia esparcido ya entre los habitantes de la granja.
Al conocer el inmenso peligro de que acababan de escapar, no pensaban ya en quejarse, y daban gracias á Dios por encontrarse aun vivos.
La misma María olvidó un momento sus demás dolores.
La marquesa, que parecia incapaz de comprender lo que le decian, se levantó pensosamente del colchon sobre el que la habian acostado, y dijo en alta voz:
—¿Qué hablais de mi hermano? ¿y por qué le teneis lástima? Ha sido mal hijo, mal amigo; jamás ha amado otra cosa que el oro, y no obstante, todas las prosperidades son para él solo.
¡Es dichoso, y ojalá nos concediese el cielo una suerte parecida á la suya!
Los concurrentes temblaron al oír ese lúgubre deseo.
Daniel acababa de notar una señal de inteligencia entre el gendarme á quien él habia ya hablado y el cabo.
Cada vez más inquieto, se aproximó á Vasseur:
—No debeis tomar en cuenta las palabras de esta infeliz mujer,—dijo,—las emociones que acaba de experimentar han desordenado por completo su

un crimen tan grande como el que acaba de tener lugar.
Cumplidos estos deberes, el cabo entró en la casa.
Daniel, que en su calidad de comisario del poder ejecutivo le conocia de fecha remota, se aproximó á él con afectuosidad, pero Vasseur le saludó volviendo la vista.
—¡Ah! cabo,—dijo el joven con emoción,—si hubiéseis venido más pronto hubiéseis evitado grandes desgracias.
—¿Qué quereis!—contestó el militar bruscamente;—preciso es que dejemos á los ladrones hacer lo que les parezca; ya nos ocupan... en otra cosa.
Pero,—continuó echando una rápida mirada por la sala,—el mal me parece menos grande aquí que en el castillo de Breuil.
—¿Venis, pues, del castillo? Me lo habian dicho, y lo habia olvidado... ¡Y bien! os lo suplico, dadme algunas noticias de mi tío, el ciudadano Ladrage.
—¿Está sano y salvo?
Vasseur bajó la cabeza sin responder.
—Cabo,—dijo Daniel,—no me oculteis nada, os lo ruego... ¿Mi tío?
—Vamos, ciudadano, ¡sed hombre! El viejo no ha sido siempre muy bueno para vos, segundicen... y además ya habia hecho su tiempo de servicio...
—¿Qué quereis decir? ¿Estará herido mi tío?
—Muerto, quizá? Yo mismo quiero ir á asegurarme... El cabo se colocó resueltamente delante de él.
—Nadie puede salir de aquí sin orden mia,—dijo con firmeza;—además,—prosiguió con tono más dulce,—vuestra presencia para nada serviría... Todo ha concluido... Los intames no han dejado alma viviente en el castillo.
—¡Gran Dios! será posible! ¡Mi pobre tío que

Estas palabras que tan evidentemente probaban la locura, resonaron como un toque fúnebre en medio de esta escena de desolacion.
Todos los asistentes se callaron y volvieron los ojos hácia madama de Mereville.
María, asombrada, se arrojó de rodillas exclamando con desesperacion:
—¡Madre mia, mi excelente madre! ¡volvéd en vos! ¡Estamos salvadas, gracias á Daniel, gracias á estos valientes! ¡Madre mia, reconocedme!... ¡soy vuestra hija, soy María!
La marquesa guardó silencio: despues dijo con una expresion de serenidad y de orgullo:
—¡Hija mia! ¡que bien has sido acogida en la corte! El Rey te ha sonreido, y la Reina me decia por la noche: «Vuestra hija, señora, es hermosa como una Mereville.»
María no podia ya conservar dudas, y dijo á Daniel con un extravió casi igual al de su madre:
—¡Dios mio! ya no me reconoce... ¿No es bastante grande nuestra desgracia? Daniel, habladle vos os lo suplico. Quizá vuestra voz llegara á devolverle la razon.
—Consolaos, María. Este desórden pasajero os debido sin duda á la fiebre de la devora.
Valor, señora,—continuó Daniel afectuosamente dirijiendose á la marquesa;—no estais rodeada mas que de amigos.
Madama de Mereville miró sonriendo.
—Buenos dias, Daniel,—dijo;—sed bien venido al castillo, hijo mio.
El marques está de caza, pero se alegrará infinito de veros cuando vuelva.
En verdad sois todo un retrato de vuestro padre, el bailío de Chartres, Daniel.
Ladrage quedó consternado. De repente vió á

entramos partidos, hay que contar la contradicción de cada uno consigo mismo... Total, como decíamos, tres contradicciones, tres llos: por el primero, republicanos y carlistas se opondrán inflexiblemente,—imposibilitando, por de pronto, toda solución—; por otra parte, los carlistas—como ya se dice—se opondrán á sí mismos, esperando que los republicanos se adelanten... á preparar el camino á los carlistas; y, por último, también se dice que la perspectiva de una segunda guerra civil es lo que detiene á los republicanos... ¡Buena! Pero es el caso que, cueste lo que cueste, habrá que arreglar el país... ó dejarle en paz.

Buñolería nacional

La crisis «se impone». ¡Cuando lo confiesa La Iberia!... Lo confiesa á su manera:

«La cosa no es nueva. Desde que se cerraron las Cortes se sabía que al reanudar éstas sus tareas habría algún cambio de ministros.»

Cuando la crisis sea total, la cosa tampoco será nueva en el sentido de novedad que dice La Iberia:

Desde que subió al poder el partido liberal se sabe que va caer... ¡y mal!

Se agrava en Cuba la crisis monetaria...

¡Vaya, hombre!... ya es cosa hecha la asimilación.

Del Heraldo de Madrid:

«Hay tranquilidad material; pero no tranquilidad en los espíritus.»

Y es el caso que... no solo de pan vive el hombre.

Y aun hay hombres que, por mucho que coman no se ven hartos si después no se les canta un poco de guernicaco...

Hay otros que ni cantan ni tienen blanca...

Para esto no puede haber tranquilidad moral ni material.

De El Ideal:

«Ya estamos tranquilos, al decir de los ministeriales.»

También los republicanos lo dicen. Y lo hacen.

Es decir... no lo hacen.

Noticias de San Sebastián, á El Comercio:

«Nada se sabe del regreso del señor Sagasta.»

Es posible que el mismo interesado no sepa nada de esto.

Se sabe de él solamente cuando en el poder está; pero si se muere, ya ni él diría ciertamente si es que viene, ó es que va.

La Epoca, alarmista:

«El orden público está perturbado; el principio de gobierno se hunde en el desprestigio; hoy, el remedio es posible, mañana, será difícil; después, pudiera ser tardío.»

Nada más, por hoy. Hasta mañana... O hasta después.

La Epoca, fascinando á los fusionistas:

«¡Qué funerales políticos tan hermosos le haría el país al señor Sagasta!»

¡Ya lo creo! Y le metería en el panteón... político de estadistas ilustres.

Correspondencia

Madrid 5 de septiembre de 1893.

Sr. Director de EL ATLANTICO.

Aunque la cuestión de orden público sigue preocupando la atención, ya desvanecidos los temores de algún movimiento de importancia, la prensa comienza á tratar de la primera crisis.

Que ésta es inevitable para antes de que se reanuden las sesiones de cortes, nadie lo duda; pero también es cierto que la crisis política se considera ya descartada porque han de seguir en el ministerio los ministros que forman la base de la actual política económica.

Por consiguiente la crisis se reducirá á la entrada en el ministerio de dos ó tres ministros que ocupen sus carteras sin que modifiquen en nada la marcha del actual Gobierno.

Capdepón irá á Gobernación, Becerra á Fomento y Canalejas á Gracia y Justicia.

Todo esto por supuesto, de no ocurrir nada grave en el próximo otoño que haga necesario un ministerio de fuerza presidido por Martínez Campos y en el que formarían parte Canalejas, Gamazo y León y Castillo.

Según cálculos muy aproximados la mayoría de los diputados de las futuras Cámaras francesas serán proteccionistas, pero sin exageración. Por consiguiente, sin que pensemos en lograr un tratado de comercio como el de 1882, es seguro que se hará uno con bastantes buenas condiciones para que se normalice algo nuestro comercio con la vecina República.

El señor Capdepón ha negado terminantemente esta tarde que nadie haya pensado en retirar del Congreso el proyecto de administración local y que solo falta que se apruebe definitivamente. En los alrededores de Valencia ha ocurrido un motin de alguna importancia, habiendo quemado los amotinados las casillas de consumos. La guardia civil ha logrado restablecer el orden. Sigue reconcentrada la guardia civil en Valencia.

Hoy conferenciarán extensamente los señores Puga y Sotolongo con el señor Maura sobre la situación del Banco Español de la Habana y medios de conjurar la crisis que atraviesa dicho establecimiento de créditos.

Hoy he tenido una conversación con una persona que me merece entero crédito que acaba de llegar de San Sebastián.

Según ese amigo, en esa capital alguien hizo correr el rumor, más ó menos fundado, de que el señor Maura llevaba un mensaje de la ciudad de Santander para la Reina Regente, ofreciéndole un palacio por si quería honrar la capital de la Montaña por una temporada.

Escuso decir que este rumor fué recibido con gran excitación por los elementos levantiscos de San Sebastián y sin la intervención enérgica y eficaz de caracterizados personajes de arraigo el señor Maura hubiese sido objeto de una manifestación de desagrado, no pudiendo calcularse las consecuencias que hubiese tenido ese acto torpe de unas masas excitadas por alguno que se aprovecha de su ignorancia para satisfacer sus deseos.

Ecos varios

En Francia ha circulado con bastante insistencia el rumor de que una compañía francesa proyecta establecer el alumbrado eléctrico en pleno Oceano y en su paso de Irlanda á Terranova.

El plan consiste en anclar de trecho en trecho grandes barcos, cada uno de los cuales servirá de base á una torre luminosa, especie de faro flotante provisto de poderosos reflectores eléctricos.

Estos barcos estarán unidos por un cable conductor, y guardarán entre sí una distancia de 300 kilómetros.

Lo que no se adivina, y nosotros lo ignoramos, es con qué rendimientos

cuenta la Sociedad mencionada para el entretenimiento de este alumbrado, y de qué medios dispone para conseguir que se mantengan anclados los citados barcos sobre las grandes profundidades del Atlántico y arrosando los temporales del invierno.

Hasta ahora se han estrellado contra este último inconveniente los numerosos proyectos de boyas oceánicas imaginados.

El maharajá de Myeueve (Asia) ha ordenado que el mínimum de edad para casarse sea en ellas la de diez años, y en ellos la de catorce.

Un hombre de más de cincuenta años no podrá casarse con una joven de menos de catorce; es decir, ya una jamona de aquellas tierras.

El célebre marinero que, según dije hace pocos días, se había propuesto atravesar el canal de la Mancha en una pequeña canoa, ha realizado su propósito sin contratiempo alguno.

Después de diez horas de navegación, ha llegado á Boulogne, terminando su aventura y partiendo inmediatamente para Paris, muy tranquilamente, como quien vuelve de un paseo por el bosque de Bolonia.

Un químico de Filadelfia acaba de inventar un procedimiento por el cual, por medio de unas esencias rociadas sobre un pedazo de pan, se da á éste el sabor que se desea, produciendo la ilusión de que se está comiendo el manjar apetecido.

Hasta ahora, el sabio químico solo ha hecho esencias de pato, de perdiz, de lengua estofada y jamón en dulce; pero se propone aumentar su colección hasta 100 manjares.

Desde hoy, por cinco ó diez céntimos, se podrá dar el gustazo de comer jamón... aunque sea en sentido figurado.

El director de la Fábrica de Acuña-ción de Moneda de los Estados Unidos ha hecho una estadística muy instructiva acerca de las existencias de metales preciosos en el mundo y del sistema monetario de las principales naciones.

Resulta de este trabajo que el oro en posesión de las naciones civilizadas, asciende á 3.582.605.000 duros; la plata á duros 4.042.700.000 y la moneda fiduciaria sin representación de oro ó plata á 2.635.873.000.

Las existencias de oro en las principales naciones, son como sigue: Francia, 800.000.000 de duros; Estados Unidos, 604.000.000; Alemania, 600.000.000; Inglaterra, 550.000.000. La plata existente en los mismos países, es la siguiente: Francia, 700.000.000 de duros;

Estados Unidos, 615.000.000; Alemania, 211.000.000; Inglaterra, 100.000.000; Rusia, 60.000.000.

El valor proporcional entre el oro y la plata acuñados en casi todas las naciones es el de 15 1/2 á uno, y entre el oro y la plata fraccionaria es de 14:32 á uno. Esta proporción rige en Francia, Bélgica, Italia, España, Holanda, Rusia y Centro y Sud América.

Los sistemas monetarios imperantes en varias naciones son como sigue:

Oro y plata: Estados Unidos, Francia, Bélgica, Italia, Suiza, Grecia, España, Holanda, Turquía y Japón.

Oro: Inglaterra, Alemania, Portugal, Austria, Escandinavia, Australia, Egipto y Canadá.

Plata: Rusia, Méjico, Centro y Sud América, India.

La moneda fiduciaria está dividida del modo siguiente: Sud América, 6.000.000 duros; Rusia, 5.000.000; Estados Unidos, 412.000.000; Austria, 260.000.000; Italia, 163.000.000; Alemania, 107 millones; Francia, 81.000.000; Inglaterra, 50.000.000.

El oro en circulación es de 20:53 duros por habitante en Francia; 14:47 en Inglaterra; 12:12 en Alemania; 9:01 en los Estados Unidos y 2:21 en Rusia.

En dinero de todas clases es de 40:56 duros en Francia; 31 en Cuba; 28:88 en Holanda; 26:75 en Austria; 25:53 en Bélgica, 24:34 en los Estados Unidos; en Inglaterra y 7:16 en Rusia.

Ha sido expulsado de Paris por el Gobierno francés el joven Principe Duon-Chaer, que abandonó hace poco á su padre el Rey Norodon, á consecuencia de ciertos disgustos.

El Principe habia fijado su residencia en Paris; pero el Gobierno francés que le habia señalado una pensión, le indicó como punto más conveniente la provincia argelina Tlemecen. Duon-Chaer, encantado de Paris, se negó á esto, y el Gobierno francés encargó entonces al jefe de seguridad, Mr. Goron, que cumplimentara su indicación.

Mr. Goron lo ha hecho así. El Principe mostró gran resistencia; pero al notar que los gendarmes le iban á coger por un brazo para sacarle de su domicilio, obedeció, y á estas horas se habrá embarcado en Marsella, protestando siempre de que á un amigo de Francia, condecorado con la cruz de la Legión de Honor, se le trate tan desconsideradamente.

Los alemanes quieren prepararse bien y van á construir un nuevo fuerte marítimo en la isla de Neuswerk, sobre la embocadura del Elba. El mencionado fuerte será artillado con cañones Krupp,



uno de los gendarmes que, de pié detrás de él, parecia escuchar con interés esta conversacion, y creyó tener que temer otro nuevo peligro.

—La razón de esta infeliz mujer,—dijo al militar con embarazo,—no ha podido resistir á estas crueles sacudidas, como veis... y en su locura se cree una señora de alta gerarquía.

El gendarme meneó la cabeza.

—No trateis de engañarme, ciudadano Ladrangé,—respondió,—veo mas largo de lo que pensais.

—¿Cómo, ciudadano! ¿quereis dar importancia á algunas palabras escapadas en el momento del delirio?

—Yo no quiero nada, ciudadano juez de paz.

Pero hé ahí nuestro jefe, el cabo Vasseur, con quien debereis entenderos... ¡En cuanto á mi, no puedo más que condolerme de todos!

Daniel, asustado, iba á redoblar sus preguntas, cuando al efecto el cabo Vasseur, seguido del resto de sus gentes, se bajó de su caballo delante de la granja.

V.

El interrogatorio.

El jefe de la brigada de gendarmería, que venia tan tardamente al socorro de los habitantes de Breuil, era alto, robusto, moreno, cuyo exterior anunciaba grande energía y un valor á toda prueba.

Sin embargo, una expresión de inteligencia, un aire de franqueza y de rectitud moderaban la dureza de su fisonomía; se adivinaba al hombre leal y bueno bajo la varonil dureza del soldado.

Vasseur tenia en este momento una cara triste y severa, que expresaba suficientemente la gravedad de las circunstancias.

Cuando se apeó del caballo, el gendarme que habia hablado con Daniel fué á recibirle y le hizo la relacion de los jueces, en voz baja.

El cabo escuchó con frialdad, despues dió una orden á sus gentes que ocuparon todas las salidas de la granja.

Esta medida no aumentó la alarma de Ladrangé, porque tal era la costumbre cuando se trataba de

imaginacion, y es una circunstancia que deberán tener presente en el proceso verbal.

Pero, continuó, al ver al cabo sentarse á una mesa y prepararse para escribir,—yo mismo deseo redactar el acta y recoger las declaraciones de estos valientes.

—Gracias,—contestó Vasseur,—no podéis ser á la vez juez instructor y parte interesada.

Con vuestro permiso, os digo que es á mí á quien corresponde dirigir el proceso verbal de costumbre.

Daniel comprendia cuán importante seria para sus parientes que él solo quedara encargado de los interrogatorios.

—Ciudadano cabo,—dijo con autoridad,—yo soy vuestro superior en el orden judicial, y por eso que pueda ser para mí el deber de mi empleo en estas circunstancias, estoy dispuesto á cumplirle.

Os ruego, pues, me deis la pluma y me cedais al momento la instruccion de este negocio.

Pero Vasseur continuó inmóvil.

—Ciudadano Ladrangé,—contestó con más tristeza que cólera,—perídmeme que esta vez no obedezca á vuestras intimaciones.

Hoy no podéis desempeñar las funciones de magistrado... En cuanto á mí, lo juro, cederia con gusto á otro la mision que voy á llenar, si no me estuviera encomendada por mis funciones.

Daniel no se atrevió á insistir.

Los interrogatorios empezaron, y uno de los habitantes de la granja comparció á su vez delante del cabo para esponer los hechos de que tenia conocimiento.

Escasa luz dieron estas declaraciones sobre el crimen y sobre los miserables que habian sido los autores de él.

